

tienes hambre de las cosas terrenas y vanas, que no comes; y por esta causa vienes á tener hastío de los manjares espirituales; y poco á poco les das de mano, hasta dejarlos del todo ó tomarlos no más que por cumplimiento. ¡ Ah! Te acontece lo que á los malos israelitas en el desierto. Como el maná era de suyo tan sabroso, á los principios le comían con grande gusto; pero, cuando se hubieron acostumbrado á comerle cada día, llegaron á fastidiarse de él, y, acordándose de las ollas de carne que comían en Egipto, decían: «Nuestra alma está seca, y tiene hastío de este manjar insubstancial». Esto mismo te ha sucedido quizá á ti. Al principio de tu conversión y nueva vida, hallabas grande gusto y provecho en la comunión; pero viniste poco á poco á perderle, por haber dado entrada á los regalos de la carne, á las vanidades y pasatiempos del mundo; y el mismo manjar que antes encontrabas tan sabroso, ahora te parece insipido, y la comida que antes te alimentaba y robustecía, ahora, con comerla con igual frecuencia, tu alma está seca, débil y á punto de perecer. Considerando todo esto, teme por una parte los espantosos castigos que sobrevinieron á los ingratos y carnales israelitas, y por otra resuélvete á renovar, como dice David, tu juventud como el águila, procurando comer con nuevo apetito este celestial manjar. ¿Qué te conviene resolver y practicar con este fin? ¡ Oh Redentor dulcísimo, que dijisteis: « Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros », y animado y estimulado por este deseo, instituisteis y comisteis con vuestros discípulos el divino Sacramento! Despertad en mi pobre alma este deseo. Corra yo como ciervo á esta fuente de aguas vivas; suspire mi alma por este celestial manjar, con el mismo anhelo que los hombres carnales desean los regalos de su carne, á fin de que, teniendo esta hambre y sed, sea bienaventurado y merezca ser saciado en este mundo con la gracia, y en el otro con la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡ Á cuántos cristianos ocurre lo que con triste acento lamentaba el santo profeta Ageo: « Comen y no medran, beben y no se embriagan ». Se acercan, quizá con frecuencia, al convite eucarístico, y siempre se hallan débiles para la virtud y flacos para resistir á las tentaciones. Aunque comen un manjar espiritual, su espíritu no crece, ni mejora, ni se perfecciona. ¿ Debemos nosotros contarnos entre tan desventurados cristianos? ¿ De dónde procede tan lamentable calamidad? ¡ Ah! Se come el más precioso, nutritivo y regalado de los manjares; pero sin tener hambre ni sed de él. Se recibe esta comida divina; pero sin mascarla ni rumiarla; hay tiempo para todo; sólo falta para meditar y ponderar el favor inmenso que nos dispensa el Señor, dándose todo á nosotros. Somos niños, y éste es manjar de grandes; le comemos sin discernimiento, sin hacer diferencia entre este manjar vivo y los manjares muertos, y por esto no produce otro resultado que estos. Finalmente: aunque nos alimente-

mos con este sabroso maná, suspiramos, como los israelitas, por los manjares de Egipto, esto es, por los bienes terrenos. ¿ Hasta cuándo seremos tan ingratos con Jesús y tan necios y pesados de corazón? Escudriñemos con cuidado los propósitos y resoluciones que nos conviene formar para aprovecharnos en adelante algo más de este soberano Sacramento. Lloremos nuestra tibieza pasada; roguemos con ardiente fervor, no sólo para nosotros, sino por todos aquellos que se han de acercar á la sagrada comunión, que saquen el fruto que Jesús desea y á ellos les conviene.

3.^a—COSAS QUE ENCIERRA EL DIVINO SACRAMENTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.^o En el Santísimo Sacramento se encierra de un modo admirable el cuerpo, la sangre, los méritos, virtudes y divinidad de Jesús.

PRELUDIO 2.^o Representate á Jesús diciéndote: « Yo soy el pan vivo ».

PRELUDIO 3.^o Pide la gracia de ser generoso con Jesús, como Él lo es contigo.

Punto 1.^o Jesús, en el Sacramento, se nos da todo por amor.— Considera cómo la fe te descubre dentro de los accidentes del pan y vino cinco cosas, en las que se resumen todas las que encierra este divino Sacramento. Éstas son: el cuerpo de Cristo nuestro Señor, su sangre preciosa, su alma benditísima, sus infinitos merecimientos y satisfacciones y la persona del Verbo eterno con su divinidad. Pondera cómo en esta inapreciable dádiva se echa de ver la infinita caridad y largueza de Jesucristo, porque la suprema caridad y generosidad de una persona resplandece en dar lo sumo que puede y todo lo que tiene, y en darlo con tanto amor, que todo le parece poco, ó en encubrirlo de tal manera, que parezca casi nada; lo cual prueba que no lo da por vana ostentación, sino de puro amor. Y así en el libro de los Cantares se dice: « Aunque diera el hombre toda la substancia de su casa por el amor, despreciarlo ha, como si no diera nada ». Mira cómo Jesús es este hombre por excelencia, y más que hombre, Dios y hombre verdadero, el cual te da en el divino Sacramento su misma casa, que es su Cuerpo santísimo, la substancia preciosa de que se sustentó durante su vida mortal, que es su sangre; el morador que habita en ella, que es su Alma santísima y su divina Persona; y las alhajas que la adornan y enriquecen, que son sus virtudes y merecimientos. Y con ser el don infinito, lo encubre de tal modo, que todo parece poco y casi nada, porque lo da envuelto con los accidentes de un bocado de pan y un sorbo de vino, para que se vea que todo lo da por amor y para manifestar á los fieles su infinita caridad. ¡ Oh Dios de bondad! ¿ Qué será razón que os dé yo por una dádiva como esta? Aquí os ofrezco toda la substancia de mi casa; mi cuerpo y sangre, mi alma y mi persona, mi hacienda y libertad, y todo cuanto tengo

y pueda tener, aunque todo es nada. De hoy más, diré como la Esposa: «Mi amado todo para mí, y yo toda para Él». Él se me da todo para mi sustento; yo me doy todo para su servicio, con deseo de permanecer en Él por toda mi vida. ¿Tenemos con Dios esta generosidad? ¿Consagramos á su servicio el cuerpo, alma, salud, vida, intereses? ¿Reservamos algo para nosotros?

Punto 2.º *Jesús, en el Sacramento, nos da más de lo que ofreció.*—Considera cómo sube de punto la caridad y generosidad de Jesús, si se reflexiona que en este divino Sacramento te da mucho más de lo que prometió, y mucho más de lo que era menester para remediar tu necesidad. Él había prometido darnos su carne y su sangre para que alcanzáramos por ellas la vida eterna; y para cumplir esta promesa, bastara sin duda darnos una partecita de su carne ó una gota de su sangre, ó como la que derramó en la Circuncisión; la cual, por ser de valor infinito, como sangre de Dios, bastaba para nuestro remedio. Mas, así como su infinita caridad no se contentó con lo que hizo en la Circuncisión, sino quiso también que en la Pasión fuese toda su carne herida y atormentada, y toda su sangre derramada, para que la redención fuese más copiosa, así también quiere darnos por sustento toda su carne y toda su sangre, para mayores muestras del amor y deseo que tiene de nuestro regalo y sustento. Pondera también cómo, aunque bastaba para la verdad de las palabras de la consagración, darnos en la hostia sólo su cuerpo, y en el cáliz sola su sangre, quiere también que al cuerpo acompañe la sangre y el alma, y á la sangre el alma y el cuerpo, todos unidos con la Divinidad; para que todo lo que Él tiene se junte con lo que nosotros tenemos, y lo santifique y perfeccione, obligándonos con esto á ser santos en el cuerpo y en el alma, en la carne y en el espíritu, y á darle generosamente, no sólo lo que nos manda, sino también lo que nos aconseja. ¡Oh Dios de amor! Cierto es que vuestra caridad obscurece la nuestra; porque es tanto lo que nos obligáis con ella, que todo es nada lo que os podemos ofrecer para agradecerla. ¿Qué podemos daros que no sea vuestro? ¿Y qué podemos ofrecer que no os sea muy debido? Tomad, Señor, lo que me habéis dado, que os lo doy con buena voluntad; y si todo ello fuera mío, y no debido, os lo diera de muy buena gana, para servirlos muy de veras. ¿Nos contentamos con dar á Dios lo que le debemos? ¿De qué modo podemos mostrarle nuestra generosidad? ¿Cómo observamos nuestros votos y cumplimos nuestros deberes?

Punto 3.º *Jesús hace grandes milagros para mostrar su generosidad.*—Considera la admirable invención de la divina sabiduría, para poder practicar esta espléndida largueza con nosotros. Porque ella ha hallado un medio, para que el cuerpo de un varón muy perfecto cupiese en una cosa tan pequeña como es la partecita de una hostia, y que toda la sangre de este cuerpo

estuviese en una gota del vino que está en el cáliz. Muchos de los discípulos del Señor decían al oír esta su promesa: «Dura es esta palabra: ¿quién podrá oirla?» Pero nuestro omnipotente Dios, cuyas entrañas de misericordia siempre hallan nuevos medios para favorecer á sus amigos, supo amasar, cocer y estrechar su cuerpo y sangre, de modo que todo cupiese en una cantidad muy pequeña, y pudiese ser comida y bebida nuestra. Pondera cómo aquí se cumple la promesa que nos hizo por Isaias: «Yo os daré un pan apretado, y un agua estrecha». Tan apretado es este pan, que en una partícula de él se encierra un cuerpo de hombre entero, y tan estrecha es esta bebida, que en una sola gota se contiene toda su sangre. Esta es la medida buena, llena, apretada, colmada y superabundante que prometió el Señor poner en nuestro seno. Es buena, porque abraza lo bueno y hermoso de Dios; es llena, porque tiene todas las virtudes y merecimientos de Jesucristo; es apretada, porque se estrecha todo á un bocado de pan; es colmada, porque da más de lo necesario para nuestro remedio, con tanta abundancia, que es infinito lo que sobra. ¡Dichoso el que recibe con reverencia y devoción esta medida de tan precioso maná, porque, no sólo con ella quedará satisfecho, sino que recibirá una medida de admirable grandeza, buena por la gracia que con ella se comunica, llena por el aumento de las virtudes, apretada por la firmeza que concede, y colmada de favores divinos. ¡Oh Padre de misericordia! ¡Quién me diera que me aparejase para recibirlos con una medida muy llena de santos pensamientos, apretada con muchas mortificaciones, y colmada con fervientes afectos, para poder gozar de los bienes que en este santo Sacramento me comunicáis! ¡Oh alma! Si Jesús obra tales portentos para alimentarte y enriquecerte, ¿qué haces tú para servirle? Si Él se prepara á sí mismo de un modo tan sorprendente para sustentarte, ¿cómo te preparas tú para comerle?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto admira y arrebatada lo que la caridad y generosidad de Jesús ha llegado á hacer para bien de los hombres! Él nos da todo cuanto tiene, cuerpo, sangre, alma, divinidad, méritos y virtudes, y esto con tal amor y desprendimiento propio, y encubierto y velado de tal modo, como si todo fuese nada ó casi nada. Y nosotros, á la más insignificante acción que hagamos por Él, damos tanta importancia, que nos atrevemos á exigirle gratitud y premio abundante. Mas ¡oh largueza y abundancia infinita de Cristo! Para los fines que se proponía, y para el logro de los efectos que deseaba, hubiera sido suficiente el darnos una partecita de su carne ó una gota de su sangre; mas, esto no llenaba su encendida caridad. Y así como, para que fuese más copiosa su redención, no se contentó con derramar una gota de sangre, aunque ella sola hubiera bastado, sino que quiso derramarla toda; así para que nuestra sustenta-

ción fuese más abundante, nos da todo su cuerpo y sangre, sus méritos y virtudes, su alma y divinidad, queriendo con estas cosas remediar, alimentar, fortalecer todas las partes de nuestro ser. Bendito sea un Señor tan bondadoso y omnipotente, á quien la bondad hace obrar á la omnipotencia, y el poder ayuda á la bondad para nuestro bien. ¿Cómo no correspondemos nosotros á tan extraordinarios bienes? ¿Cómo no nos disponemos para recibirle? ¿Hemos meditado su caridad incomprensible? ¿Con qué cosas la pagaremos? Ya que Jesús se da todo por nuestro bien, démonos nosotros todos á Él para su gloria y honra; no reservemos nada para nosotros ni para el mundo. Con este fin, hagamos propósitos firmes y resoluciones eficaces; pidamos la gracia necesaria para cumplirlos, y no olvidemos las demás obligaciones y necesidades.

4.^a—EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ESTÁ EL CUERPO DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.^o En el divino Sacramento se halla el mismo cuerpo sacratísimo de Jesús, que está en el cielo glorioso con las señales de las llagas y corona de espinas.

PRELUDIO 2.^o Representémonos á Jesús diciéndonos: «Este es mi cuerpo».

PRELUDIO 3.^o Pidamos viva fe de la real presencia de Jesús en la Eucaristía.

Punto 1.^o *El cuerpo glorioso de Jesús está en la Eucaristía.*—Considera cómo dentro del divino Sacramento está substancialmente el mismo cuerpo gloriosísimo de Jesús, con toda la entereza, hermosura y majestad que tiene en el cielo empíreo, vestido de las cuatro dotes de gloria que recibió el día de su resurrección; y aunque tu vista material no lo divise, por estar encubierto con los accidentes, la fe te descubre allí al mismo que en el cielo se halla en estado inmortal é impasible, resplandeciente mil veces más que el sol, con la agilidad, sutileza ó espiritualidad que le conviene según su estado glorioso, y con tanta belleza en cada una de sus partes, que basta para robar la afición de los que le miran. Pondera cómo á este sagrado cuerpo convienen perfectamente las propiedades que cuenta su Esposa en el libro de los Cantares, diciendo: «Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre millares; su cabeza es como oro; sus cabellos como hojas de palma; sus labios como azucenas, que destilan mirra muy escogida; sus manos como hechas á torno, llenas de jacintos; su pecho como de marfil con engaste de zafiros; su figura como el monte Líbano, escogido como el cedro; su garganta suavísima; y todo Él es deseable, y amable y dignísimo de ser deseado y amado de todos los hombres». Y pues donde está el cuerpo se juntan las águilas, toma alas y vista de águila para acercarte con el espíritu al cuerpo sacratísimo de tu Salvador. Imagínate que viene á visitarte después de resucitado, para confirmar en ti los dones que te dió en tu resurrección

ción espiritual, por el sacramento de la Penitencia; pídele que te comunique las virtudes que representan las cuatro dotes que le adornan: la inmortalidad con perseverancia; la impasibilidad con heroica paciencia; la claridad con viveza de fe; la agilidad con prontitud de obediencia, y la sutileza con desasimiento de todas las cosas terrenas. ¡Oh cuerpo sacratísimo del Salvador! Pues queréis juntaros con el nuestro, transformadnos en esta imagen de vuestra gloria, y dadnos las propiedades que resplandecen en Vos. Hacednos blancos por la gracia, rubicundos por la caridad, y escogidos entre millares, distinguiéndonos por el fervor del espíritu en serviros y por el celo en extender vuestra gloria. ¿Cómo podemos asemejarnos al cuerpo sagrado de Jesús que está en el Sacramento? ¿Posee nuestra alma las preciosas dotes que le embellecen? ¿Cómo podremos alcanzarlas?

Punto 2.^o *En la Eucaristía está el cuerpo de Jesús señalado con las cinco llagas.*—En este punto has de considerar con más particularidad las cinco señales de las llagas que tiene el cuerpo sacratísimo de Jesús, oculto en el divino Sacramento. Estas preciosas señales que quedaron impresas en sus pies, manos y costado, son como cinco soles de inmenso resplandor, que aumentan su hermosura, y como cinco fuentes del Salvador, de las cuales en otro tiempo manó abundancia de sangre, y ahora manan aguas vivas de gracias celestiales, que se recogen con gozo en este soberano Sacramento. Pondera cómo estas llagas sagradas son las mismas que tocaron los Apóstoles el día de la resurrección en el cenáculo, y á su contacto todos quedaron animosos y llenos de celestial gozo; son las mismas que tocó santo Tomás, quedando tan trocado é ilustrado, que exclamó diciendo: «Dios mío y Señor mío». De estas llagas divinas saldrán en el día del juicio rayos de inmenso resplandor, que alumbrarán y colmarán de felicidad á los buenos, y confundirán y aterrarán á los malos, de tal modo, que darán con ellos en el profundo del infierno. Con esta consideración, cuando comulgas, imagínate que tocas estas llagas con el espíritu y aun con tus labios, aunque cubiertas con aquel velo, ó que te llegas á la llaga del costado para chupar allí el agua viva de la gracia y el licor preciosísimo de la caridad. Si esto haces con viva fe, quedarás lleno de gozo, y tan trocado, que digas como santo Tomás: «Verdaderamente aquí está mi Dios y mi Señor, gloria mía y bienaventuranza mía.» ¡Oh fuentes de mi Salvador! Destilad en mí el agua viva de la gracia, que harte la sed que tengo de ella. Regad con ella mi memoria, para que me acuerde de Vos, mi entendimiento para conoceros, mi voluntad para amaros; regad mis pies, para que siempre anden con buenos pasos; mis manos, para que siempre se ejerciten en santas obras, y mi costado, para que siempre brote fervientes afectos, amándoos por todos los siglos. ¿Creemos que en el Sacramento está el cuerpo

de Jesús, que en el cielo resplandece con las cinco llagas? ¿Lo adoramos con humildad? ¿Procuramos participar de la gracia que por medio de ellas quiere Jesús concedernos?

Punto 3.º *En la Eucaristía está el cuerpo de Jesús señalado por la corona de espinas.*—Considera cómo, á la manera que en el cuerpo santísimo de Jesús, escondido en el divino Sacramento por nuestro amor, están las cinco llagas que recibió por nuestro rescate, así está también la señal de la corona de espinas que punzó y agujereó su preciosa cabeza, haciendo una forma de corona como de setenta y dos estrellas de inmenso resplandor, y correspondientes á los agujeros que hicieron las espinas. Contempla también las señales de sus azotes en las espaldas, como un bordado de suma belleza que adorna la rica vestidura de su gloria. Y cuando te acercas á recibirle, imagínate que los ángeles del cielo te dicen aquello de los Cantares: «Sal, hija de Sión, y mira al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón». Contempla con viva fe al verdadero Salomón, rey pacífico y pacificador del mundo, que está detrás de aquella cortina del Sacramento, y verásle coronado con una corona de inmensa gloria que mereció por la corona de ignominia. Con tus pecados has sido causa que le fuese puesta la segunda; mas el Padre eterno le puso la de gloria, premiando con ella los trabajos de su querido Hijo. Imagínate que te dice el divino Espíritu: *Ecce homo*; mira á este hombre que aquí está escondido; en lo exterior tan desfigurado, que no parece hombre, sino pan, y en lo interior tan glorioso, que es más que hombre, pues es Dios verdadero. ¡Oh Rey de amor! Coronado estáis de gloria en premio de la corona afrentosa de espinas; mas, ya glorioso, ya humillado, sois infinitamente digno de reverencia por vuestra majestad, y de amor por vuestra amabilidad. Inspiradnos estos sentimientos, con los cuales nos dispondremos para recibirlos dignamente. ¿Nos compadecemos de las ignominias de Jesús? ¿Deseamos participar de su gloria? ¿De qué medios nos valemos para alcanzarlo? ¿Con qué disposiciones le recibimos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh portento admirable! En el Santísimo Sacramento del altar se halla el cuerpo sacratísimo de Jesús, encubierto con las especies de pan y vino. Aunque nuestros ojos no lo vean, allí está vivo y glorioso como en el cielo. Adórnanle las bellísimas dotes que recibió en la resurrección, que son: impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza. Es el más bello de los seres corporales. Su resplandor supera al del sol, su brillo al del diamante, su blancura á la de la nieve, su riqueza á la del oro y piedras preciosas. Allí está señalado con las cicatrices de los clavos y de la lanza, convertidas en focos vivísimos de luz divina. Allí está circundada su cabeza con brillan-

tísima corona de luz y claridad, en lugar de la corona de espinas, que le fué puesta por nuestros pecados. Avivemos la fe, é imaginémonos unas veces que nos visita del modo y forma que estaba después de la resurrección, así como visitó á su Santísima Madre y á otras personas afortunadas; otras, que nos acercamos á Él, como los Apóstoles, y tocamos y besamos sus llagas, aunque cubiertas con el velo de los accidentes sacramentales; y otras, por fin, que oímos á los ángeles que están á su alrededor, diciéndonos que salgamos á recibir á nuestro Rey coronado con corona de gloria. ¡Oh si nuestro espíritu estuviera dispuesto con los mismos afectos de fe, reverencia, amor, temor y deseos que los Apóstoles cuando, resucitado, los visitaba! ¿De qué medios hemos de valernos para despertarlos en nosotros? Meditémoslo, propongamos, y pidamos, no sólo para nosotros, sino para todo el mundo, especialmente para todos los que en este día se acercan á recibir á Jesús.

5.ª—SANGRE PRECIOSA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está la sangre de Jesucristo, derramada en su Pasión, y recogida luego en la resurrección.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre».

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que su divina sangre produzca en ti los efectos para que fué derramada.

Punto 1.º *En la Eucaristía está la sangre de Jesús, clamando misericordia.*—Mira con los ojos de la fe en la hostia y en el cáliz la sangre preciosísima de Jesucristo nuestro Señor, aunque en diferente manera, porque en la hostia la sangre acompaña al cuerpo, llenando los vasos de sus venas; pero en el cáliz el cuerpo acompaña á la sangre, dándole las venas en que está encerrada, pues no se aparta de ellas. Mas, porque en la Pasión se apartó del cuerpo, derramándose, por la remisión de nuestros pecados, se consagra en el cáliz separada de la hostia; y porque en la resurrección se tornó á juntar con el cuerpo en sus venas, está ahora junta en ambas partes; y en señal de esto la Iglesia en la misa mezcla en el cáliz parte de la hostia. Pondera con vivo afecto cómo esta preciosísima sangre está allí clamando al Padre Eterno, mucho mejor que la sangre de Abel, porque no pide venganza por el difunto, como aquélla, sino que pide los efectos de la Pasión y resurrección de Cristo en favor tuyo. Pide para nosotros y para el mundo entero perdón de pecados, pureza de conciencia, resurrección á nueva vida, y unión de la carne con el espíritu y del espíritu con Dios, con fervorosa y encendida caridad. Clama también con no menor viveza á nosotros, pidiendo que seamos diligentes en procurar todo esto, ofreciendo, si fuera menester, nuestra vida y sangre para